



Tomás Abraham
La lechuga y el caracol

Contrarrelato político



Se usa la memoria colectiva para legitimar el poder. La nación argentina se convierte en un monstruo dormido que sueña la voluntad de los que mandan. Segrega palabras que le dan una identidad. Las necesita para no perderse, para sentirse dueña de un destino, depositaria de alguna misión. Un filósofo se dedica a «desrelatar», a «contraopinar», a no creer en lo que él mismo piensa, sostiene en estas páginas Tomás Abraham. La conversión de un pensamiento en una creencia es igual a un procedimiento de momificación. Pensar es como respirar, la falta de aire lo acaba, lo esteriliza, lo aplasta. Y los voceros del saber y del poder instituyente no sólo quieren que creamos, sino que lleguemos a la cumbre de la creencia: la adoración. La sociedad argentina dicen que volvió a creer. Sacrificio. Víctima. Mártir. Enemigo. Hereje. Mito. Estas son las palabras y las imágenes en las que se basa el relato. El kirchnerismo no sólo gobierna por la recuperación económica sino por una cuestión de fe, en esto se diferencia del menemismo, arriesga el autor. Abraham discute con lucidez y valentía este sistema de creencias. Por eso, los fragmentos reunidos en este libro se organizan como un contrarrelato: no son su negativo, sino la palabra de lo que aquel relato silencia y los actos que preanuncia.

A Camila y Jorge

INTRODUCCIÓN

ANIMALES

La lechuza es el ave de la filosofía. Vela cuando todos duermen. Vuela cuando anochece. Da vuelta la cabeza ciento ochenta grados como algunos maestros de yoga. Fue el ícono de Atenas y la inspiración de Sócrates.

El caracol según algunas fuentes es el molusco de los cínicos. Diógenes no tenía otra identidad y posesión que lo que llevaba puesto. Como el caracol que cubre el cuerpo blando con la corteza dura de un techo que es su casa, el filósofo se desplazaba con el tonel que ocultaba su desnudez mientras desafiaba al poder con una política de gestos.

La filosofía tiene su bestiario: el zorro, el león, el mono, la serpiente, el águila, el burro —uno de los más importantes, animal preferido para las discusiones escolásticas— la tortuga, la cigarra, los sapos, el lobo, el topo, los caballos —¿cómo hubieran podido volar las almas hacia el techo cóncavo de la cúpula celeste sin los carros de caballos alados?—, el toro, el gallo... ¿hace falta recordar que la filosofía nace con aquella frase final de Sócrates que evoca a un Curador?

Sócrates y Diógenes son nuestros patrones, y con ellos comienza el gran relato de Occidente. Están vivos y son seres de leyenda. Ninguno ha dejado sus escritos, o porque no los elaboraron, o porque se perdieron. Viven por el testimonio de quienes los nombran desde hace dos mil quinientos años.

Son filósofos, no son sabios. Son ignorantes, pero saben que lo son y que no pueden dejar de serlo. No son orgánicos. Recorren la ciudad. Interpelan a la gente, es decir, lla-

man la atención. Desplazan el eje de las discusiones. Cambian el foco con el que se miran los atenienses a sí mismos. Contradicen y se contradicen. Interfieren en la opinión pública.

La imagen del pensar que han creado tiene algo de perturbador. Molesto. Inquieto. Inagotable.

No son científicos, ni sabios, ni profesionales; son amantes, aficionados, amateurs, que cuestionan la Verdad, no la que baja de los cielos, sino la que se fabrica en la Tierra. La Verdad como Valor que legitima una Autoridad.

Éste es el horizonte de algunos de los que nos dedicamos a la filosofía, nuestros símbolos de emulación. Es una larga marcha de la historia del pensamiento la que se interpone entre aquellos fundadores y nuestro presente. Los héroes epónimos y los ejemplos de la actitud desafiante del pensador urbano —en su antigua acepción de Polis: comunidad de ciudadanos— tienen muchos nombres y cada uno de nosotros elegirá a los que siente más cercanos a sus convicciones. Todos ellos nos enseñaron que pensar es buscar un problema donde hay un mandato, un dilema donde se enuncia una vía regia, una dificultad cuando las cosas se presentan fáciles, una novedad cuando todo parece destinado y necesario, una salida cuando se nos impone un Sistema.

ANTECEDENTES DEL RELATO

El saber y el poder no existen como tales. Los que sí existen son los sabios y poderosos, que necesitan de un relato que imponga una creencia que los legitime.

La sociedad argentina tiene su relato que legitima a los protagonistas del día. La Nación es como un monstruo dormido que segrega palabras que le dan una identidad. Las necesita para no perderse, para sentirse protagonista de un destino, depositaria de alguna misión que justifique a quienes mandan.

Un filósofo se dedica a «desrelatar», a «contraopinar», a no creer en lo que él mismo piensa. La conversión de un pensamiento en una creencia es igual a un procedimiento de momificación. Pensar es como respirar, la falta de aire lo acaba, lo silencia, lo aplasta. Y los voceros del saber y del poder instituyente, quieren que creamos, no sólo eso, sino que lleguemos a la cumbre de la creencia: la adoración.

Si Baruch Spinoza legó algo valioso a la civilización, fue su *Tratado teológico político*, en el que nos dice que las religiones, la suya para comenzar, el judaísmo, tiene por finalidad hacer que los hombres obedezcan. No buscan la verdad sino el sometimiento. ¿A qué?, se pregunta. ¿A Dios? ¿A la Ley? No, afirma, buscan la sumisión a la casta sacerdotal.

Fue otro excomulgado en la historia de la filosofía. Por tradición comunitaria de la grey sefaradí-holandesa: fue maldecido. Le hace eco a Federico Nietzsche quien dijo: «no hay que creer en lo que uno piensa».

Después de la crisis de 2001, el «que se vayan todos» fue una frase con más contenido que el que se creía. Se quería que se fueran todos los políticos, acompañados por las demás autoridades: policía, ejército, jueces, economistas, docentes, pastores, autoridades y dirigentes en general. La Asamblea Popular se erigió como alternativa. Hoy el verticalismo y el poder unipersonal han surgido de aquella voluntad. Sucede con frecuencia: de la voluntad de liberarlo todo, el pasaje al unicato es rápido.

Pero hace diez años se produjo un derrumbe institucional. La democracia establecida en el año 1984 ya no tenía razón de ser. El país tuvo cinco presidentes en un mes. Nadie creía en nadie ni en nada. La angustia colectiva no sólo era económica.

Volver a construir una autoridad era una necesidad. Lo fue también en el año 1989. Pero en 2001 la crisis era más grave aún. Si Menem gobernó diez años fue porque se erigió como un salvador. Hoy es un demonio. En el año 2003 la figura de Néstor Kirchner era desconocida. No era más que un delegado de Duhalde. Un año más tarde dio el primer paso para reconstruir un sistema de creencias. La inauguración de la ESMA fue el símbolo de la recuperación de una fe sostenida por la figura de la Víctima.

En el año 2008 el sistema de creencias basado en una relectura de los 70 se completa con la unción de un enemigo que se llamó «el campo» y se reforzó con «Clarín». La fe se fortaleció con los ingredientes necesarios para crear la adhesión ciudadana. La muerte de Néstor Kirchner que lo unge en una pira sacrificial coronó el sistema.

La sociedad argentina volvió a creer. Sacrificio. Víctima. Mártir. Enemigo. Hereje. Mito. En eso se basa el relato. El kirchnerismo no sólo gobierna por la recuperación económica sino por una cuestión de fe. En esto se diferencia del menemismo.

En este libro discutiré este sistema de creencias, por eso es un contrarrelato, no es su negativo, sino la palabra de lo

que silencio y los actos que preanuncia.

Hemos pasado del protagonismo de Todos a la augusta presencia del Uno. De la calle a la corte. Y del Uno al canibalismo de una multitud seccionada en grupos enfrentados una vez que este ciclo sistemático queda sin su protector.

Desde mi punto de vista, nosotros no tenemos que creer en *nada*, sino pensar en *todo* para evitar un nuevo proceso de demolición y actuar de otro modo.

No es cierto que la motivación para la acción necesite de creencias prefabricadas y de utopías soñadas.

La fe mueve montañas. Debe ser cierto. Una vez removidas queda el cráter. Hace deambular a un pueblo durante cuarenta años por el desierto. Pero debe ser elegido por el Único al que venera y se somete.

El mundo de las creencias es una lámina delgada y frágil si se lo piensa parte de la conciencia individual o de la psicología de los pueblos, o de una fábula diagramada por una burocracia del saber. La creencia tampoco es un libreto. En todo caso, es un engranaje de la acción, no su horizonte regulativo fuera del hacer mismo, sino parte de su función y dinamismo. Se cree por necesidad y urgencia.

Segregamos creencias como la misma bilis, y su función motora no está predeterminada a buscar un texto sagrado ni un guión sabiamente condimentado que pretende legitimar el poder en una diosa llamada memoria.

ESTE LIBRO

Los fragmentos aquí reunidos constituyen una muestra de mi percepción casi diaria de estos últimos años. El trabajo de fragmentación de textos publicados para extraer y reescribir su núcleo conceptual, la inclusión de nuevos escritos inéditos, la selección y diagramación del conjunto han dado un nuevo libro. He agrupado los principales temas que a mi entender definen la actualidad política y cultural de nuestro país. La idea fue de Luciana Vázquez, quien me propuso una serie de textos de mi autoría que creyó pertinente volver a pensar luego de la lectura de mis columnas políticas en los diarios Perfil, La Nación, el blog Pan Rayado y otros medios.

Estos bloques de ideas, anotaciones, descripciones, en un principio terminaban el 23 de octubre de 2011. Pero luego, inseguro de darlas a publicar, las guardé y seguí agregando textos para este libro. No puedo saber si a partir de esta fecha se inicia algo así como un «cristinismo», y qué características puede tener. El triunfo aplastante de la Presidenta parece inaugurar una nueva época. Es probable que el eje de los conflictos se desplace. Nuevos personajes serán protagonistas de futuros momentos críticos.

También es probable una avanzada del poder gobernante sobre espacios de civilidad para controlar información y recursos fiscales.

Las crisis son normales, se diferencian por el hecho de ser crisis de crecimiento o de decadencia. Pero los elementos para el dictado de este tipo de diagnóstico sólo el largo plazo los atesora y no los da a conocer con anticipación.

Este libro sin dejar de pertenecer a la actualidad, no pretende ser una crónica de hechos ni una crítica a medidas de gobierno. No creo que se restrinja a cuestiones de coyuntura, sino que nos habla de un nuevo relato que se nos quiere imponer, que, como todo experimento discursivo de esta especie, se pretende fundacional.

Llamo a este relato «el sistema de los 70». Es el eje alrededor del cual se distribuyen estas reflexiones. La lectura crítica de este sistema no tiene complicidades con posiciones de sectores políticos y mediáticos que hacen del antikirchnerismo un intento de que no pierdan vigencia ideologías que reivindicaban algún pasado.

Sin embargo, el mentado callarse la boca o mentir lo que se pueda «para no beneficiar a la derecha» o hacer del silencio una contribución a la «causa» no sólo evoca a la política sometida a un «régimen», sino que es la muerte del pensamiento. Y pensar es disentir, y el disenso es el barómetro de la libertad.

Es posible que este escrito sea la labor de alguien que se ha intoxicado con la política argentina durante estos últimos años. El fanatismo no sólo es una enfermedad de su portador sino un agente muy productivo, una endemia que deja pocos a salvo. Vivimos tiempos de fanatismo de la mano de personajes vestidos de sanadores, santificamos nuevos muertos, coronamos a nuevos gobernantes. Reactivamos una enfermedad llamada sectarismo que nos es tradicional.

No es la primera vez que existe un deseo de «integrismo» cultural y político que no admite excepciones ni disidencias.

La miseria del pensamiento nace cuando todo se dirime en el pro o en el contra. El diagrama que divide el campo intelectual en trincheras contribuye a este miserabilismo. Por eso es el coto preferido de protagonistas mediocres. De sicofantes, burócratas y voceros de aparato.

No estoy de acuerdo con los propagandistas de la juventud maravillosa. Tampoco estuve de acuerdo con la juventud maravillosa cuando era juventud y yo joven. Confieso que no soy adepto a los fenómenos de masa. Menos cuando se trata de la masa corporativa de los intelectuales. No creo que puedan darse fenómenos de adoración de un Jefe o Jefa sin un chivo emisario. La masa intelectual lo llama «enemigo». Por supuesto que lo es. Ese chivo siempre se encuentra. No hay masificación sin odio.

«Ser» kirchnerista o «ser» antikirchnerista es el nuevo emblema del embrutecimiento que se nos impone. Y tiene éxito; por eso, no me parece desatinado un nuevo llamado a Esculapio, el gran Curador invocado en las últimas palabras de Sócrates completado por esta narración en bloques de la endemia maniquea.

Espero que este libro contribuya a mi purgación para que pueda ver algún día los acontecimientos desde otra perspectiva. Quizás más fría, distante, o desinteresada. Pero en ese caso, no escribiría libros como éste. La Argentina no ha sido para mí un objeto teórico sino polémico. Y cuando sucede algo así, se impone un tono. El pensamiento crudo sin vueltas ni remilgos a veces debe enunciarse en voz alta.

Este escrito termina en momentos en que la mayoría en nuestro país parece estar disfrutando de una fiesta consumista —con un anuncio de ajustes— en medio de un primer mundo atascado en sucesivas crisis.

Las palabras inscriptas en los sucesivos fragmentos no participan de esta alegría. Puede ser que decir contrarrelato, reduzca el texto a un propósito reactivo. Es un texto de batalla. Pero creo que erigir un obstáculo a la inundación de sofisticuerías del poder no sólo concentrado en un gobierno sino distribuido entre varios sectores dominantes con discursos variados, no dejarse avasallar por la maquinaria de propaganda que pretende clausurar nuestra capacidad de pensar y responder es una tarea necesaria. Pensa-

mos, escribimos y hablamos, para no ser pensados, escritos y hablados por otro. Esto no lo digo yo, lo dijeron muchos, a ellos les dedico este libro.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a los siguientes lectores que con sus observaciones y críticas me han ayudado a reflexionar sobre mi escrito. Ninguno de ellos es responsable de mis pensamientos y el tiempo que con generosidad me dispensaron está más allá de adhesiones o rechazos de mi modo de ver las cosas: Jimena Ríos, Florencia Aguirre, Christian Ferrer, Cora Burgin, Camila Abraham Fischer, Mónica Cabrera, Daniel Muchnik, Esteban Fridman, María Inés Aldaburu, Pablo Chacón, Gustavo Romero, Ricardo Talesnik, Margarita Fernández, Marta Cichero, Estanislao Antelo, Santiago Farell.

INTELECTUALES